

Ciclo de debates y análisis

“Crisis olvidadas II: haciendo visible lo invisible”

Sesión 1.

¿Desastres silenciosos o silenciados? Un rostro cambiante

Más allá de los desastres a gran escala que reciben una gran atención mediática, son los “pequeños” desastres los más frecuentes, los que causan más víctimas mortales y pérdidas económicas, así como un mayor impacto en las vidas de millones de personas en todo el mundo. La hambruna generalizada en el sur de África, el devastador terremoto en Tayikistán y varios brotes de enfermedades en África Occidental son claros ejemplos. Dichos desastres no suelen ser objeto de cobertura por parte de los medios de comunicación y pasan inadvertidos a la atención pública, quedando simplemente en el olvido, silenciados. La atención a este tipo de desastres que tienen lugar con elevada frecuencia aunque su magnitud sea menor debe ser la puerta de entrada para promover medidas de preparación que reduzcan la vulnerabilidad y aumenten la resiliencia de las personas y comunidades afectadas.

Por todos son conocidas las hambrunas en el Sahel y el Cuerno de África, aunque no todos los países reciben la misma atención. Uno de los países más afectados por las sequías y de los que menos se informa es Níger. En 2010 en este país más de siete millones de personas sufrieron hambrunas debido a las graves sequías que se dieron en la región. Pero otras zonas del continente africano también sufren de inseguridad alimentaria sin que apenas tenga repercusión su situación. Países del sur y este de África como Angola, Lesoto, Malawi, Mozambique, Swazilandia, Zambia o Zimbabwe padecen hambrunas recurrentes debido a las sequías y a la mala gestión de las políticas agrarias, que generan graves crisis alimentarias.

Las amenazas naturales también tienen importantes consecuencias para las poblaciones víctimas de los mismos. Sin embargo, tras una semana, ya no aparecen en los medios, como ha sucedido con el reciente terremoto en Nepal. Algunos ni siquiera llegan a tener un minuto. Tayikistán sufrió una cruenta guerra civil entre 1992 y 1997 y a esta difícil situación de posguerra se suma la vulnerabilidad frente a los desastres naturales que presenta el país. En enero de 2010 sufrió un terremoto que dejó sin hogar a entre 10.000 y 20.000 tayikos, aunque no causó víctimas mortales. Dos años más tarde, en mayo de 2012 un nuevo terremoto sacudió la zona este, afectando a más de 2.500 personas. Según datos de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de Naciones Unidas (OCHA), en 2012 hubo 306 desastres naturales en Tayikistán, que afectaron a más de 11.000 personas y dejaron 26 víctimas mortales, generando una gran inseguridad alimentaria que afectaba a más de dos millones de personas sobre un total de ocho millones de habitantes.

En ocasiones, muchos desastres naturales han tenido repercusiones más allá de la destrucción física que estos provocan. Las epidemias que acaecen después son uno de los aspectos más olvidados de los desastres naturales. Incluso en los casos más mediáticos este no es uno de los rasgos tenidos en cuenta. Al terremoto de Haití en 2010 siguió una epidemia de cólera que terminó con la vida de más de 8.000 personas y afectó a más de 650.000. El tsunami en el sudeste asiático conllevó la aparición de una epidemia de diarrea y numerosos casos de hepatitis A y E, meningitis, sarampión y tétanos. Algo parecido

sucedió tras el terremoto de 2005 en India y Pakistán, aunque la trascendencia mediática de este desastre fue mucho menor. O los casos de malaria detectados en América del Sur, especialmente en países como Colombia y Venezuela, como consecuencia de los cambios en las condiciones climáticas provocados por el fenómeno de *El Niño*.

Estos desastres, silenciados por los medios de comunicación, marcan sin embargo el día a día de estas poblaciones. Factores como el cambio climático, pero también la degradación del medio ambiente e inadecuadas políticas ambientales de los gobiernos contribuyen a agravar los efectos de los desastres naturales. En este sentido, se hace urgente la implementación de estrategias de Gestión y Reducción del Riesgo de Desastres (GRRD) en el ámbito humanitario y de desarrollo, centradas en fomentar las capacidades de resiliencia de las poblaciones afectadas. El “Marco de Sendai para la Reducción del Riesgo de Desastres 2015-2030”, adoptado el pasado 18 de marzo en la III Conferencia Mundial sobre RRD, marca la línea a seguir durante los próximos 15 años.

Para hacer frente a estos desastres olvidados, el citado Marco de Sendai establece cuatro esferas de actuación prioritaria: la comprensión del riesgo de desastres; el fortalecimiento de la gobernanza del riesgo de desastres para gestionarlo; la inversión en la reducción del riesgo de desastres para la resiliencia; y el aumento de la preparación para casos de desastre con el fin de ofrecer una respuesta más eficaz en los ámbitos de la recuperación, la rehabilitación y la reconstrucción. Aunque las principales repercusiones de los desastres son a nivel local y nacional, también debe enfocarse el tratamiento a nivel regional y global, e incluir la participación de actores de la sociedad civil, sector privado, sector académico y científico y medios de comunicación. El fomento del desarrollo contribuye al fomento de la resiliencia de las poblaciones y viceversa. No es posible un desarrollo sostenible cuando millones de personas viven cada día bajo los efectos de desastres naturales cotidianos, para nosotros inexistentes, pero muy reales para ellos.